

CRONICA DE MADRID

La tristeza ciudadana

Madrid tiene ahora ya, en la temporada de invierno abierta, un gesto indeciso, como de tristeza.

La pregona alegría castiza, el trazo sainetero, la costumbre pintoresca de determinados sectores, está en baja. Acaso sabe demasiado a tópico. Quizá es también que los dolores presentes se imponen sobre la nerviosa esperanza política. Que la crisis general llega hasta los espíritus más reaccionarios e indiferentes.

La Corte viene a ser como la gran posada en donde en torno a la lumbre, se teje el comentario, nacido ahora del suceso escondido, y luego del rumor inventado.

Esta época de la historia contemporánea, cuando trema la bandera roja, conservadora de la censura, quedará como la apoteosis de la habilidad y del chismorreo intencionado.

Todas estas cosas confundidas en una sola corriente, han producido la actual tristeza civil.

Tristeza que subdividida en sus más diversos aspectos produce una grave crisis comercial, especialmente en las grandes y pequeñas industrias de los espectáculos y sus derivados. Los cafés están despoblados. Las tertulias aburridas. Estas papillones del amor fácil, arrastran su hambre entre sonrisas. Han desaparecido los bohemios y el último ingenio que llega de la provincia con sus versos y sus comedias en cuanto que llevados meses en la villa, se dedica a la venta de aparatos de radiotelefonía o piensa en vender dólares u otra industria del momento. Lo cierto es que, pues, es que Madrid como la prificesita famosa, está un poco triste. Y ello es un síntoma que puede ser de idrota o de resurgimiento entre salvador y violento por tan necesario.

Nosotros que ya hablamos casi olvidado el hábito cortesano y por el contrario nos sentimos más sinceros, con la honradez montañesa, nos hemos podido evitar este dolor de Madrid, el eje resquebrajado, asaltado y a punto de romperse. Porque además esta pesadumbre sentimental recorre ya todos los polos de la península y por todas partes hay una duda interrogante.

Todas las grandes evoluciones de los pueblos pasan por preludios de este género. ¿Qué nuevo camino aguarda a Juan Español? Este año en que los trigales han sido generosos hasta el extremo, produciendo contento en las casas y en las almas, sobrias y fistas de los aldeanos, hemos tenido por un fatalismo que se ya haciendo histórico, un desgaste tan trágico como conocidamente doloroso. El contraste sigue siendo todavía el juego irónico del viejo León.

En el mercado madrileño se nota pues la baja financiera en el sentido literal y se nota también la muera del cansancio ante una cosecha que no cuaja a pesar de tantas rogativas más o menos retóricas y solemnes.

Indudablemente vendrá y ojalá así sucediese, el no menos famoso gesto de raza, y tras la resignación, después de esta tristeza densa y lenta que ahora flota en el ambiente, tornará a brillar indulgente y optimista al sol de la victoria. ¡Ah, si no fuese por la vieja esperanza!

Claro está que la alegría superficial de Madrid, aquella alegría hija ilegítima de la gran guerra no volverá, ni hace ninguna falta. La señorita ruleta debe permanecer empolvada en los desvanes de los casinos aristócratas junto a legajos polvorientos. La estética del colorín pasa como el eco de las marchas locas tan algarerías como falsas.

Lo preciso, lo urgente, es el sentido sencillo del civismo y de la cultura emanada de sus únicas fuentes—cultura de paz siempre,—para llegar a aquella «epifanía» amada por el poeta sereno y predilecto, y así como los cuerpos resucitan su sangre nueva en unos labios rosados, de la misma manera que las almas atropelladas rebasan su aliento vivificador, así es de suponer la tan soñada «reacción» española, para que desaparezca esta actual tristeza ciudadana.

Milán Borque

ESO ES MUSICA

En 50 horas toca al piano cuatro millones de teclas

Dicen de Washington que, después de un «match» muy reñido, ha sido ganado el campeonato de resistencia como pianista, por el profesor P. Burt, de Jamestown, que había desafiado al profesor Bancio, de Baltimore.

El profesor Bancio tuvo que abandonar la prueba, por consejo médico, cuando llevaba tocando cerca de 51 horas.

Su ganancioso contrincante, el profesor Burt, continuó tocando hasta cubrir 51 horas y nueve minutos.

Según las reglas del «match», los concursantes debían de tocar sin interrupción, y no podían tomar más que café bebido. Se les permitía fumar, pero dándoles ya los cigarrillos encendidos.

No se tenía para nada en cuenta la mayor o menor perfección en las obras ejecutadas, puesto que se trataba sólo de un concurso de resistencia.

Se calcula que el profesor Burt hizo sonar unos cuatro millones de teclas.

Los pianistas se disputaban 2.000 dólares.



CAMPESINO SORIANO

(Cuadro del joven artista admanantino Teodoro Muñoz Aceña)

El mar y la montaña

Quando hay una fiesta junto al mar latino los mozos del monte bajan a la mar, y las lindas mozas del pueblo marino suspiran inquietas al verlos pasar.

¡Oh, que son garridos estos montañeses! ¡Oh, que son robustos y bravos y hermosos los fuertes pastores que cuidan las resesq y cazan los ciervos y matan los osos!

Y tras los negros mozárrones que han bajado de la montaña, las Fantasías ellusiones tejen y tejen su tela de araña.

Quando hay una fiesta en la sierra bravía, suben a los montes los mozos del mar y las bellas mozas de la serranía suspiran inquietas al verlos pasar.

¡Oh, que son gallardos estos marineros! ¡Oh, que son valientes estos navegantes que abaten las zarpas de los mares fieros y saben de mundos y pueblos distantes!

Y tras los mocitos costieños, que han subido a la montaña, las Fantasías y los ensueños tejen y tejen su tela de araña.

Así Amor travieso se place en tramar, cuerda y sabiamente su fina maraña: enamorando al monte de la mar y enamorando al mar de la montaña.

Virgilio Soria.

DE TODAS PARTES

Los vampiros

La epidemia de rabia que desde hace muchos meses hace estragos en una vasta zona de la Italia septentrional, que fue observada en gatos, perros, caballos, y que ha tenido funestas consecuencias en algunas personas, puede tener analogía con un fenómeno semejante que se observó en la colonia alemana de Bumeau en el estado brasileño de Santa Catalina.

El examen bacteriológico comprobó la presencia del microbio de rabia. Sin embargo en la región no se habían visto perros idrofobos, ni las bestias que enfermaban presentaban huellas de mordedura.

Después de largas investigaciones el Dr. Haupt, de Desdré, pudo comprobar que la enfermedad era transmitida por los vampiros. Uno de estos fué muerto mientras chupaba la sangre de un becerro; el becerro fué en cerrado apartado, y en efecto, al poco tiempo presentó síntomas de rabia y murió. ¡Por otra parte, se observó que el ganado que dormía en lugar cerrado no enfermaba, y el otro sí. Todo esto sirvió para explicar los gritos y las luchas furiosas a que se entregaban los vampiros por la noche en que ellos mismos eran víctimas del mal que transmitían.

Después de haber suprimido miles de cabezas de ganado, la epidemia se extinguió por sí sola.

NUESTROS CRONISTAS

El miedo al mañana

Hoy el correo me ha traído una carta de mujer; carta dolorosa sembrada de inquietudes, de zozobras, de perplejidades crueles; carta epigramática que parece una interrogación porque también parece un camino.

Mi lectora desconocida empieza diciendo: «Tengo miedo al mañana.» Y luego, poniendo en mí una confianza que ciertamente no merezco y que me honra mucho, añade: «Podría usted dirigir mi alma, usted, que ha retratado en sus libros tantas almas de mujer?»

Yo lo ignoro, lectora amable, pero haré en tu obsequio cuanto pueda, que nunca será poco, pues la experiencia, gran maestra en toda extirpe de verdades, enseñóme que una buena voluntad vale, cuando menos, lo que un buen entendimiento, y en el caso presente declaro tener la leal y firmísima voluntad de servirte.

Confieso para regocijo tuyo y aunque ello haya de restar después importancia a mis consejos, que la situación porque atraviesas no es extraordinaria. Declaras encontrarte todavía en edad abileña, y estar enamorada perdidamente de un hombre joven, buen mozo, un poco artista y como tal inquieto de corazón y curioso de emociones nuevas; un hijo de «Don Juan», en fin, que difícilmente se casará contigo, y que de llevarte al altar, no te hará dichosa.

«Debo o no, continuar con Y yo, lectora, a quien supongo bonita porque no hay mujer discreta (y tú lo eres) que no parezca hermosa, yo te aconsejo rotundamente que, perseveres sin miedo en esos amores, si, como dices, el te quiere a cegar y tú le quieres a morir. «Más vale un toma que dos te daré», enseña el refrán, y basándome en esto y en lo mucho malo y bueno que me dió la Vida, afirmo que jamás debemos sacrificar las alegrías reales de un dulce presente, al dolor de un porvenir que quizás llegue y nos lastime cruelmente, o acaso se desvanezca ante nosotros como por ensalmo y sin herirnos.

No sería absurdo decir al jardinero que viésemos empleado en cuidar un rosal: ¿Para qué lo sembraste? ¿Para qué lo abonas y lo riegas? ¿No comprendes, iluso, que esas flores han de marchitarse?... Porque según esta lógica quietista y enemiga de todo progreso, mal harían los arquitectos que trabajasen en levantar edificios de los cuales, tarde o temprano, ha de triunfar la gravedad niveladora; y los padres que quieren a sus hijos cuando éstos han de abandonarles no bien sientan la necesidad de formarse un hogar; y los jóvenes que se arrojan a disfrutar de su mocedad vigorosa sin considerar que más adelante, con los años, llegarán a ser viejos y débiles...

Así repito, lectora, que no tengas miedo en querer a ese hombre que puso en tu camino el azar: quíerele mucho,

